

La percepción y la acción de tres sacerdotes católicos acerca de la pobreza y la justicia social en Uruguay

María Victoria Sotelo Bovino¹

RESUMEN

En este artículo analizaremos la percepción y la acción de tres sacerdotes católicos uruguayos sobre la problemática de la pobreza y la justicia social en Uruguay, complementando el análisis con entrevistas a fieles de esa comunidad religiosa. A través de un abordaje cualitativo se estudiarán las percepciones sociales que emanan de la Iglesia católica acerca de la pobreza en Uruguay, el abordaje teológico de la pobreza, la “opción preferencial por los pobres”, el trabajo social por los más necesitados y la búsqueda de la justicia social. Se concluye que la Iglesia católica posee deliberadamente un discurso que enfatiza la ayuda y la solidaridad hacia los más pobres con acción social tanto de carácter asistencialista como de promoción de la persona. En cuanto a la reivindicación de justicia social de la Iglesia, podemos afirmar que es de carácter “redistributivo”, ya que busca construir una sociedad de “iguales” a través de una mejor distribución de la riqueza entre ricos y pobres.

Palabras clave: Religión, Iglesia Católica, pobreza, justicia social.

The perception and action of three Catholic priests about poverty and social justice in Uruguay

ABSTRACT

In this article we will analyze the perception and action of three Uruguayan Catholic priests on the problem of poverty and social justice in Uruguay, complementing the analysis with interviews with faithful of that religious community. Through a qualitative approach, the social perceptions emanating from the Catholic Church about poverty in Uruguay, the theological approach to poverty, the “preferential option for the poor”, social work for the most needy and the search will be studied. of social justice. It is concluded that the Catholic Church deliberately possesses a discourse that emphasizes aid and solidarity towards the poorest with social action both of a welfare nature and of promotion of the person. As for the Church’s demand for social justice, we can affirm that it is of a “redistributive” nature, since it seeks to build a society of “equals” through a better distribution of wealth between rich and poor.

Key words: Religion, Catholic Church, poverty, social justice

¹ Magister en Sociología, victoria.sotelo@gmail.com

Introducción

En este artículo analizaremos las representaciones sociales de la Iglesia católica sobre la problemática de la pobreza y la justicia social en Uruguay con base en un análisis cualitativo de entrevistas realizadas a tres sacerdotes y tres fieles de esa comunidad religiosa². Si bien no pretendemos resumir con esta pequeña muestra el sentir de la Iglesia católica acerca de la temática -ya que esta religión se compone por un mosaico de opiniones en su interior- nuestra pretensión es contribuir con una primera aproximación al tema que motive futuros abordajes complementarios. Vale señalar la pertinencia de reflexionar sobre este asunto frente a las declaraciones del Papa Francisco, quien ha manifestado en uno de sus discursos frente a la prensa mundial: “Quiero una Iglesia pobre y para los pobres”. Por tal motivo cabe preguntarnos: ¿qué significado tiene y adquiere en Uruguay la pobreza visualizada desde los católicos?

Es por ello que en este trabajo se analizarán, dentro del discurso católico, las percepciones acerca de la pobreza en Uruguay, el abordaje teológico de la pobreza, la “opción preferencial por los pobres”, el trabajo social por los más necesitados y la búsqueda de la justicia social. Antes de ello se reflexionará acerca del declive de la Iglesia católica en la región frente a la emergencia de nuevos cultos religiosos, asimismo, analizaremos el peso de la religión católica -tanto en términos estadísticos como históricos- en el Uruguay.

La Iglesia Católica en Uruguay

La Iglesia católica apostólica romana es, como señala Da Costa (2008: 67), “la más extendida en América Latina y su llegada está vinculada a la expansión colonial española y portuguesa”. Según la última fuente de datos oficiales recabados por el Instituto Nacional de Estadística (INE) con base en la Encuesta Continua de Hogares del año 2008³ (procesados por el Banco

2 Dichas entrevistas fueron realizadas en el marco de mi tesis de maestría titulada *Religión y pobreza en Uruguay*. (Sotelo, 2010). El trabajo de campo fue realizado durante el año 2009.

3 La variable “definición religiosa” no se releva en forma oficial desde el año 2008 en

de Datos de la Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR), podemos afirmar que dentro de la población creyente uruguaya el 44.8 % se define como católica, el 9.5 % como cristiana no católica, 0.7% como umbandista u otra religión afroamericana, el 0.3% como judía, y un 0.2 % se adscribe a otro tipo de religiones (budista, espiritista, musulmana, deísta, islámica, panteísta y otra), así como también encontramos que el 30.1 % se define como creyente en Dios, pero sin confesión.

La lectura que podemos realizar al respecto es que la religión católica y la cristiana no católica ostentan el mayor número de creyentes en nuestro país, ya que han sido también las que históricamente han tenido un predominio. El segundo lugar lo ocupan los que se identifican como creyentes en Dios, pero sin confesión. Por otra parte, se define como atea el 12.3 % de la población, porcentaje muy alto si tenemos en cuenta los guarismos de la región. Los agnósticos constituyen el 2.1% de la población.

Cuadro N° 1 – Definición Religiosa, Total País, Año 2008

Religión (Total País)	Frecuencia	Porcentaje
Cristiano católico	1,219,885	44.8
Cristiano no católico	257,524	9.5
Judio	8,594	0.3
Animista o umbandista	19,063	0.7
Solo creyente en Dios	818,319	30.1
Ateo	334,565	12.3
Agnóstico	57,525	2.1
Otro	6,626	0.2
Total	2,722,101	100.0

Fuente: Elaborado en el marco de la tesis doctoral de Sotelo (2019) por el Área Sociodemográfica del Banco de Datos, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, con base en la Encuesta Continua de Hogares del Instituto Nacional de Estadística 2008, Uruguay.

Uruguay, ya no está incluida en la Encuesta Continua de Hogares como tampoco fue incluida en el Censo de Población del año 2011.

Si comparamos con la Encuesta Continua de Hogares del año 2006, en dos años la religión católica ha experimentado una pérdida de fieles adheridos, ya que según dicha fuente, los fieles católicos constituían el 45.1% de la población (Sotelo, 2010). En el año 2006 la religión católica albergaba a unos 1.351.573 fieles (Sotelo, 2010), mientras que en el año 2008 a unas 1.219.885 personas, lo que significa una pérdida significativa de unos 131.688 fieles en dos años.

El campo religioso actual en América Latina se caracteriza por la emergencia de una pluralidad de propuestas religiosas que ponen en cuestión el monopolio ejercido por la Iglesia católica durante mucho tiempo. Estas transformaciones también ocurren en Uruguay, en donde si bien el catolicismo continúa siendo la religión predominante, se encuentra bastante disminuido por conversiones hacia religiones cristianas evangélicas, y por creencias de raíces indígenas y africanas. En Uruguay, a diferencia de otras sociedades latinoamericanas, la Iglesia católica no ha tenido históricamente un gran peso institucional y social, debido al temprano proceso de secularización desde principios del siglo XX. Como señala Da Costa, “el “ser católico” no es parte de la construcción identitaria del Uruguay y sí es parte de esa construcción el reconocimiento del Uruguay como una sociedad secularizada, laica” (1999: 139).

En términos generales, es posible distinguir tres etapas en la evolución de la Iglesia católica uruguaya en el siglo XX. La primera es la etapa de “gueto” católico, que comienza en las últimas décadas del siglo XIX durante el proceso de secularización (1860- 1920), donde a medida que la sociedad uruguaya se “seculariza”, la Iglesia se repliega sobre sí misma y sobre sus fieles. Esta etapa tiene su punto álgido en la década de 1920 y se extiende hasta la década de 1960. A partir del impacto del Concilio Vaticano II y con resistencia por parte de los sectores conservadores del catolicismo, se inicia una etapa de reubicación de lo religioso en la sociedad uruguaya (Geymonat y Sánchez, 2004: 11).

La etapa de secularización fue convirtiendo a la Iglesia católica uruguaya en una institución autorreferida y guetizada, en una experiencia cada vez más íntima y personal. Este espíritu de gueto, de encerramiento, de temor hacia lo no cristiano, llevó a que la Iglesia se ausentara de los resortes vitales de la vida uruguaya. Si bien existían algunas manifestaciones religiosas en el espacio público (procesiones de Corpus Cristi, por ejemplo), estas eran cada vez menos espontáneas y dependían de la organización de la Iglesia. En este período, la Iglesia católica profundiza su mensaje disciplinador y moralizante, en especial sobre las mujeres y los niños, disciplinando a estos en la vestimenta, en los lugares que podían frecuentar y hasta en las películas y obras de teatro que no se podían presenciar (Geymonat y Sánchez, 2004: 17).

A partir de la década de 1960, la Iglesia católica vive un fenómeno de renovación, tanto por los efectos de la profunda crisis económico-social que vivió el país en esos años como por el impacto del Concilio Vaticano II. A pesar de sufrir divisiones, resistencias y tensiones internas, “la Iglesia fue poniéndose a tono con las nuevas líneas impulsadas desde Roma y fue reorientando su accionar y su prédica a un compromiso cada día mayor con las difíciles realidades que le tocaba vivir al país” (Geymonat y Sánchez, 2004: 29- 30). Tras la Conferencia de Medellín de 1968 se profundiza la prédica y la acción social de la Iglesia uruguaya, asumiendo su compromiso con los más pobres y necesitados. Muchos católicos se dedicaron fuertemente a la militancia política, sindical, a la participación en organizaciones sociales y a obras que tenían como objeto trabajar por los más pobres (Da Costa, 2009).

La llegada de la dictadura en 1973 interrumpió la dinámica social del país y la represión alcanzó también al movimiento católico (varios sacerdotes fueron arrestados y sometidos a torturas, entre ellos el Padre Uberfil Monzón). Sin embargo, la opción por los pobres continuó vigente de diversas formas sociales (por ejemplo, se crearon ONGs promovidas por católicos para trabajar en los barrios pobres del país). Como narra Da Costa (2009), durante la década de 1980, todavía en dictadura, se procesaba una reflexión teórica sobre el sentido de la acción social de la Iglesia, es decir, acerca de si debía dedicarse a la promoción o al asistencialismo. Años más tarde, en un clima

de incertidumbre tras de la caída del paradigma de la década de 1960, la Iglesia fue adaptando sus preocupaciones en sintonía a los cambios a nivel romano. No obstante, continuaron las obras sociales hacia los más pobres a través de diversas parroquias y ONGs católicas, en un proceso inercial, pero ya no a nivel de jerarquías eclesiásticas.

En la etapa actual, que ha sido denominada por Da Costa como “La reafirmación no oficialista de la opción por los pobres”, continúa el trabajo social católico por los más necesitados. Las áreas en que se desarrollan actualmente tareas por los más pobres son variadas: alimentación, emprendimientos laborales, educación, infancia, tercera edad, vestimenta, ayudas comunitarias, etc. (Da Costa, 2009).

Luego de este análisis histórico, nos adentraremos en una caracterización sociológica del catolicismo, institución religiosa que si bien continúa siendo hegemónica en Uruguay, se encuentra amenazada por la proliferación de nuevos movimientos religiosos. Frente al nuevo escenario de pluralismo religioso, el catolicismo busca responder al desencanto de legitimidad intentando mantener el control sobre los bienes de salvación al interior del campo religioso (una tarea a la cual no estaba acostumbrado), como dar respuestas a las nuevas preocupaciones de una sociedad globalizada con excluidos y discriminados (Mallimaci, 1996: 83).

Para analizar a la Iglesia católica hay que tener en cuenta que se trata de un espacio plural, donde conviven múltiples catolicismos.

Por ello dejaremos de lado definiciones esencialistas, deterministas o fundamentalistas del catolicismo (que lo suponen uno, único, con una cabeza que manda y fieles que cumplen, con todo bajo control) para ir hacia paradigmas interpretativistas y construccionistas que muestren, nos hagan comprender, en dimensión histórica y sociológica, tensiones, continuidades y rupturas en el hoy y en el largo plazo desde la propia dinámica de los actores (Mallimaci, 2008: 112).

En opinión de Fortunato Mallimaci, antes de estudiar al catolicismo debemos tener presente que se trata de un Estado, una institución centralizada y jerarquizada a nivel mundial, donde hay movimientos, redes, hombres y mujeres que vinculan lo político con lo religioso, lo cultural con lo identitario, la promesa de salvación con la esperanza de su cumplimiento en la vida cotidiana (Mallimacci, 2008). Esto exige al investigador abandonar los abordajes reduccionistas del campo religioso, en especial en América Latina, donde la relación entre lo cultural, lo político, lo social y lo religioso ha estado y sigue estando íntimamente vinculada. “Las creencias políticas son también continuidades de creencias teológicas cristianas ahora secularizadas. El campo religioso se ve perturbado por el exterior en la misma medida en que el propio exterior resulta perturbado” (Mallimaci, 2008: 112). Para Mallimacci (1996) existen tres tipos de catolicismos en la época contemporánea: “catolicismo de certezas”, “comunidades emocionales” y “catolicismo desde lo local y el mundo de los excluidos”.

El “catolicismo de certezas” pretende ser una alternativa católica al espíritu secularizante y autónomo de la época para todos los grupos sociales, bajo la atenta mirada del cuerpo eclesiástico, persiguiendo integrar en un único proyecto religioso lo social, lo económico y lo cultural. Se trata de “descalificar al mundo” a fin de ofrecer una salida católica clara, precisa y en continuidad con la larga crítica romana, sea al individualismo liberal, al consumismo alienante, el socialismo colectivista, a partir de recrear un vasto movimiento católico. En el segundo tipo de catolicismo aparece como central lo emocional y afectivo, dando también sentido al cuerpo (un ejemplo son los movimientos de Renovación Carismática). En el último tipo se destaca el desarrollo de organizaciones de la sociedad civil como nuevos espacios de justicia y religiosidad. “Sintetizando, estos catolicismos son sólo entendibles en relación unos con otros. Un catolicismo acentuando la identidad cultural y social; otro entendido como comunidad emocional y un tercero como testimonio junto a individuos y grupos discriminados, vulnerables y empobrecidos” (Mallimaci, 1996).

A juicio de Da Costa, el último tipo de catolicismo, el caracterizado por tener un énfasis en los más excluidos, es el hegemónico en Uruguay. No obstante, en opinión del autor, dicho catolicismo posee “una continuidad inercial y propuestas por ensayo y error” (Da Costa, 1999: 140). Se refiere a que las respuestas y acciones pastorales que los distintos espacios católicos intentan desplegar ante los profundos cambios de nuestra sociedad poseen, por un lado, un alto contenido de modelos del pasado (años 60 y 70), y por otro poseen un tinte personal de quien se encuentra al frente y de su manera personal de posicionarse ante las nuevas adversidades.

Percepciones de la Iglesia católica sobre la pobreza en Uruguay

En este apartado analizaremos la voz de la Iglesia católica sobre la problemática de la pobreza con base en algunos testimonios de personas entrevistadas relevantes en el tema presentes en nuestra investigación de maestría (Sotelo, 2010). Vale resaltar que se trata de una elaboración propia donde se pretende realizar un análisis hermenéutico para identificar algunas tendencias discursivas dentro de la Iglesia católica.

En primer lugar, analizaremos las percepciones sociales de las autoridades religiosas entrevistadas sobre la pobreza en Uruguay. Al respecto, uno de los informantes calificados entrevistados en el marco de la investigación fue el Vicario Episcopal para la Solidaridad, el sacerdote Javier Galdona, vicario episcopal para la Solidaridad⁴. Galdona sostiene que la pobreza y la desigualdad en América Latina y en Uruguay han llegado a niveles que avergüenzan no sólo a los que la padecen, sino a toda la población. La vergüenza es aún mayor ya que no hemos sabido construir sociedades más justas en un continente de raíces cristianas.

4 El Sacerdote Galdona ha sido nombrado recientemente Vicario Pastoral de la Arquidiócesis de Montevideo y Secretario personal de Monseñor Daniel Sturla. Es actualmente Vicario Episcopal para la Solidaridad, párroco de la Parroquia de Paso Molino (Mvdeo) y profesor en la Facultad de Teología del Uruguay. Es Licenciado en Teología Moral por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y tiene un posgrado en Práctica de los valores en contextos educativos por la Universidad de Barcelona.

En primer lugar, la pobreza en nuestro país y en la región es indignante, más en un continente que tiene raíces netamente cristianas. Es decir que, como explicitación de fe, el cristianismo haya calado tan hondo en esta región del mundo, y al mismo tiempo, no haya generado formas sociales realmente acordes al evangelio, sino que ha generado formas sociales totalmente contrarias al evangelio. Somos el continente con mayor desigualdad estructural entre ricos y pobres. Eso es indignante, no hacia los demás, sino hacia nosotros mismos. Es decir, ¿Cómo hemos permitido que esto se haya generado?” (Galdona en Sotelo, 2010).

Asimismo, la preocupación radica en que si bien ha existido una disminución de la pobreza en nuestro país, producto de las políticas de reducción de la pobreza aplicadas desde 2005, la pobreza persiste y es el núcleo más difícil de atacar

En segundo lugar, por más de que ha habido, efectivamente así es, una disminución grande de la pobreza en el Uruguay, sigue existiendo mucha pobreza, y sobre todo, nos vamos acercando cada vez más a los reductos de pobreza más difíciles de eliminar. Porque son las pobrezas que no tienen que ver esencialmente con un tema de ingreso económico, sino de estructuras de integración social. Y eso ya no es solamente transformable mediante acciones de generar más empleo, generar mayores recursos económicos, sino que implican acciones infinitamente más complejas y difíciles, porque implica el tema de la integración a una estructura social (Galdona en Sotelo, 2010).

Todos los entrevistados coinciden en señalar que otros problemas de difícil solución asociado a la pobreza es la exclusión social, la falta de integración al tejido social y la ruptura de códigos de relacionamiento social, lo que es aún más difícil de transformar. De este modo, la solución a la pobreza no radica en la implementación de políticas focalizadas, sino en la transformación global de la sociedad entera, en la construcción de una sociedad estructurada de otra manera.

La propia dinámica hace que a pesar de políticas sociales para disminuir la brecha entre los ricos y pobres en el Uruguay, cada vez es mayor la brecha. Siguiendo una tendencia que es mundial, cada vez los quintiles más altos en poder económico mantienen mayor diferencia con los quintiles de menor poder económico en la sociedad. Con todo lo de integración social que eso implica a todo nivel (Galdona en Sotelo, 2010)..

Una fiel católica entrevistada en el marco de la misma investigación entiende que la pobreza está empeorando en Uruguay por el problema del consumo de drogas, en especial “la pasta base”⁵ (también llamada en Argentina “Paco”), que es la que está generando una fractura en la sociedad, en especial en los barrios más periféricos, que es donde se encuentran las mayores “bocas” de venta. “La pobreza en Uruguay es un mal endémico, es tremendo, incluso está agravado ahora por el problema de la pasta base, que es una lacra social. Creo que los gobiernos tratan de hacer cosas buenas y cosas a favor. Este gobierno creo que en especial está haciendo muchas políticas sociales” (Fiel católica en Sotelo, 2010).

Sobre las políticas sociales implementadas en los últimos años, el sacerdote Uberfil Monzón⁶, quien ocupó en Uruguay el cargo de asesor del Instituto Nacional de Alimentación (INDA) durante la primera administración de Tabaré Vázquez (2005-2010), opinó haber estado en desacuerdo con el Plan de Emergencia (PANES) implementado por el Ministerio de Desarrollo Social. Monzón fue el primer sacerdote católico en ocupar un cargo político en un gobierno de izquierda: “Yo estuve en desacuerdo con dar dinero a los pobres, porque para utilizar el dinero hace falta una cultura, hay que saber gastar el dinero, no es para sacarme los

⁵ Es una droga de bajo costo elaborada de residuos de cocaína y procesada con ácido sulfúrico y queroseno.

⁶ El sacerdote Uberfil Monzón falleció en el año 2015 a los 86 años. Fue representante del sector aperturista de la Iglesia católica, formó parte de la resistencia a la dictadura y fue adherente a la Teología de la Liberación. Fue admirador, aunque no militante, del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro (MLN), motivo por el cual fue apresado en Asunción, Paraguay, durante la dictadura de Alfredo Stroessner. Es destacado por su obra comunitaria y social. Monzón fue director del Instituto Nacional de Alimentación entre 2005 y 2010, presidente honorario del Patronato de Encarcelados y Liberados e integrante del Comité de Ética del Frente Amplio.

gustos, sino para algo que haga el bien, y a la vez debo tener la constancia de generar un ahorro” (Monzón en Sotelo, 2010).

Monzón se manifestó en numerosas oportunidades en contra de las políticas asistencialistas, ya que defendía la idea de que las transferencias monetarias hacia los más pobres debían estar mediadas por un proceso educativo, de lo contrario, se estaba atentando contra la “dignidad de ser persona”.

No hay mayor pobreza que la de aquel que pierde la dignidad de ser persona. El pobre en general pierde la dignidad de ser persona. Escuchamos decir: “hago esto para los pobres, reparto esto para los pobres”. ¡No señor, eso está mal! Nosotros decimos: esto se termina. Hicimos un convenio con Intendencias coloradas, blancas y frenteamplistas, al final lo entendieron, que había que desterrar el sentido de dar de comer a los pobres. Yo te doy para que des. Si no hay un proceso educativo eso cae en saco vacío y es como alimentar al ganado, es alimentar el estómago. Cuando uno da de comer lo debe dar con mucho cariño y respeto, porque si no uno está alimentando a los próximos terroristas, porque se van a cobrar la vergüenza que tuvieron que pasar porque alguien les diera de comer (Monzón en Sotelo, 2010).

Por su parte, El sacerdote entrevistado Miguel Escartín, perteneciente a la parroquia Santa Rita, ubicada en el barrio Punta Gorda de Montevideo, opina que es difícil identificar a las personas que están sufriendo pobreza: “Las historias son mezcladas. No se sabe nunca quiénes son los pobres y quiénes son los ricos, porque unos disimulan de una manera y otros de otra” (Escartín en Sotelo, 2010). Para este sacerdote, se ha generado un vicio de pobreza, en donde hay personas que usufructúan el título de pobre para obtener bienes o dinero a cambio: “Había una persona que tenía de oficio ser inundado. Siempre estaba inundado, y así, siempre había que darle ropa, había que darle un colchón, pedía a la gente ropa y colchones, y a la esquina los vendía. Son los vicios de la pobreza” (Escartín en Sotelo, 2010).

El sacerdote Uberfil Monzón concuerda con esta idea cuando señala que “hay quienes hacen de la pobreza su modus vivendi. Es una industria” (Monzón en Sotelo, 2010). Por su parte, el sacerdote Escartín entiende que

los rostros de la pobreza pueden ser diversos. “Unas veces en unos barrios es expresamente lugares de villa, en otros lugares son ancianos, hoy encontramos un grupo de ancianos que están solos, y son pobres; familias que han quedado sin trabajo, y son pobres; y después aquellos que por enfermedad o por otras causas quedan en esa situación” (Escartín en Sotelo, 2010). A juicio de dicho sacerdote entrevistado, las causas de la pobreza hay que buscarlas en la descomposición de la familia y en la falta de educación de la población.

Las causas primeras, primarias, son el deterioro familiar. La familia, una vez que se descompone, crea trozos, por decirlo de alguna manera. Después la falta de educación, cuando una persona, no ha desarrollado toda su inteligencia y potenciales, después es una persona dependiente, en forma absoluta. Comen si alguien les da algo, porque es incapaz de buscar trabajo” (Escartín en Sotelo, 2010).

La consecuencia más grave de la pobreza es, a juicio de los entrevistados, la pobreza cultural. Dicho fenómeno lo asocian con la pérdida de la importancia del trabajo, ya que muchas personas, en vez de superarse mediante el trabajo, esperan todo de las políticas del Estado.

Normalmente el test que se le hace a uno que viene a pedir, pedigüños que tenemos como sistema, es decirle: ¿me puedes barrer la vereda? Y te responden: no, yo soy pobre. O sea: se crea un estado cultural sumamente peligroso. Y sobre todo si después, si en las políticas sociales, se apaña a toda esta gente con un principio de votos, esto se está dando en América Latina y en muchos más lugares” (Escartín en Sotelo, 2010).

La falta de motivación hacia el trabajo, sumada a la falta de capacitación de las personas, es para este sacerdote el problema cultural más grave. “El problema cultural es mucho más grave de lo que uno cree. Porque se creó una pobreza de las limitaciones: no sé hacer nada. Es decir, son conflictos sociales, pero son de una persona, hay que buscarle a esa persona darle su dignidad” (Escartín en Sotelo, 2010). Escartín aboga por intensificar la capacitación técnica de las personas para que tengan un oficio que ofrecer. Para él, la salida de la pobreza pasa por tener conocimientos y voluntad de trabajar.

El sacerdote Uberfil Monzón reafirma esta idea cuando manifiesta que “la única forma de atacar la pobreza es mediante el trabajo” (Monzón en Sotelo, 2010). Una fiel católica entrevistada en el marco de la misma investigación concuerda con la idea de que la pobreza debe atacarse con mayor educación desde el aporte de varios actores sociales: “Desde varios puntos se podría atacar el problema. Obviamente desde el gobierno y creo que todas las instituciones religiosas tienen gran tarea para hacerlo. Y la educación también, sea la primaria, la secundaria, e incluso desde los medios de comunicación también, se puede educar a la población” (Fiel católica en Sotelo, 2010).

En opinión del sacerdote Miguel Escartín, la responsabilidad de luchar contra la pobreza es de toda la sociedad, destacando que las religiones realizan infinidad de acciones por esta causa. Al respecto, afirma enfáticamente que el Estado no podría satisfacer todas las demandas de los más necesitados por sí solo. Lo primordial es que la sociedad trabaje en conjunto para elevar el nivel cultural que, a su juicio, es el problema de fondo de la pobreza.

La pobreza es un problema de la sociedad, total. O sea, el Estado puede hacer unas leyes buenas, que defiendan los valores, la dignidad, etc., pero si no trabaja y ayuda a la enseñanza, la medicina, la cultura, las diferentes acciones públicas, es muy difícil. Si todas las religiones dejasen lo que están haciendo, se fundiría el Estado. Porque hay un montón de comedores que los atendemos nosotros a pulmón. Pero bueno, el Estado tiene un trabajo que hacer, y la sociedad tiene otro trabajo que hacer, y todos en conjunto tenemos obligación de elevar el nivel cultural (Sacerdote Escartín; Sotelo, 2010).

El abordaje teológico de la pobreza

La Iglesia católica tiene diferentes abordajes de la pobreza. Plantearemos esencialmente el teológico, que se plasma en las manifestaciones de los entrevistados. El abordaje teológico es la comprensión de fondo que la Iglesia tiene sobre esa realidad, desde la perspectiva de la revelación (lo que Dios revela). El sacerdote Galdona, Vicario de la Solidaridad, explica que a nivel teológico la pobreza no ha sido deseada por Dios, sino que es consecuencia del pecado de los hombres.

En primer lugar, la pobreza aparece nítidamente en la teología como consecuencia del pecado. La pobreza no es algo natural, no es algo querido por Dios, no es algo que haya sido creado para que así existiese, sino que eso es consecuencia de los actos humanos, y consecuencias directas de los actos humanos no buenos, no acordes a la voluntad de Dios, no humanizantes. (Galdona en Sotelo, 2010).

Asimismo, explica que la pobreza existe porque existe la propiedad privada. En contraposición, los católicos entienden que Dios dispuso los bienes en la tierra para que todos los seres humanos pudieran desarrollar una vida digna, en este sentido los bienes son universales. Desde la perspectiva de los católicos, la pobreza contradice el proyecto de Dios y se visualiza como una “ofensa” hacia Él, por lo que la lucha contra la pobreza es un deber cristiano ineludible. En este sentido, la pobreza es leída desde la sociedad hacia las personas que la sufren como un elemento indignificante. No es que ser pobre sea indigno, pero sí el hecho de generar pobreza es un hecho indignificante para la sociedad como tal.

A partir de esa verdad principal que predicán los católicos sobre la pobreza se desprenden varias afirmaciones. En este sentido, manifiestan que la pobreza como fenómeno social no es leída como algo secundario o accesorio, sino como algo central en las relaciones entre los hombres y con Dios. Al respecto, el sacerdote Escartín manifiesta que los católicos deben procurar ayudar a las personas que padecen la pobreza: “La base religiosa es amar al prójimo, desde el principio, y que todas las personas son dignas, son hijos de Dios. Entonces esto crea, en la conciencia cristiana, cuando uno se deja llevar por la fe, una búsqueda de ayudar a aquellos hermanos que están más pobres, más necesitados” (Escartín en Sotelo, 2010).

En este sentido, el sacerdote Galdona explica que en el Nuevo Testamento Dios manifiesta que “la fe debe traducirse en obras”, por lo cual, es un deber de los católicos ayudar a los pobres (Sotelo, 2010). Asimismo, en el Evangelio hay tres perspectivas para analizar. En primer lugar, cabe mencionar que para los católicos Jesús ha elegido identificarse con los pobres al nacer en una familia pobre y de la manera más precaria: en un establo de animales.

La segunda perspectiva tiene que ver con que Dios siempre ha marcado una predilección por las personas que sufren, entre ellas los pobres económicamente y los excluidos sociales de todo tipo, incluido también los enfermos. La tercera perspectiva indica que, como antes lo habíamos mencionado, la relación con Dios pasa necesariamente también por el modo en que tratamos al prójimo. Para ser un buen discípulo de Jesús, un cristiano de verdad, hay que atender al prójimo sufriente, entre ellos los pobres: “Jesús dice: “Uds. me vieron con hambre y me dieron de comer, me vieron con sed y me dieron de beber, pasen a la casa de mi padre” (Galdona en Sotelo, 2010).

Por otra parte, el sacerdote Galdona agrega que la pobreza de espíritu significa también la sobriedad en el uso de los bienes, como la solidaridad con los sufrientes. “Hay una perspectiva de la pobreza de espíritu que es la sobriedad en el uso de los bienes y la solidaridad con los pobres. Tanto la sobriedad como la solidaridad con los pobres suele implicar la no riqueza” (Galdona en Sotelo, 2010).

La opción preferencial por los pobres

La “opción por los pobres” es una frase totalmente asumida por la Iglesia católica a nivel universal. Explicitada de esa manera, se desarrolló en América Latina a partir del Post Concilio Vaticano II, es decir, a mediados de la década de 1960, pero actualmente ha sido asumida por la Iglesia a nivel universal. Según el sacerdote Galdona, la “opción por los pobres” significa dos cosas simultáneamente. Desde el punto de vista de la evangelización es preferencial por los pobres, para que los pobres puedan ver a la Iglesia como su casa. Asimismo, explica que la Iglesia tiene las puertas abiertas no sólo para los pobres, sino también para los ricos, ya que a todos invita a la conversión.

En segundo lugar, la “opción por los pobres” refiere a que cuando se presentan conflictos en la sociedad, la Iglesia católica y sus fieles siempre deben posicionarse del lado de los pobres y/o sufrientes de todo tipo. Lo que busca la Iglesia es lograr la dignificación y humanización de toda la sociedad, y eso se logra mediante la defensa de los más excluidos. “Porque lo que hay que

hacer es colaborar a que toda la sociedad se dignifique, y eso no es posible –un proceso de humanización de toda la humanidad- si no es mediante la defensa, promoción de aquellos que son excluidos por esa misma sociedad” (Galdona en Sotelo, 2010).

Finalmente y sobre este punto, el sacerdote Uberfil Monzón manifiesta identificarse con la “teología de la liberación”, ya que hace que uno sea crítico ante los acontecimientos concretos y que tome posición: “No hace teología de la teoría, es la teología de la acción. Si hay algo que es injusto, tengo que comprometerme, tomar partido (...) La Iglesia católica está en una situación de división (...) está más por la Iglesia que por el Evangelio” (Monzón en Sotelo, 2010).

La pobreza y la riqueza

Un núcleo de reflexión que surge de las entrevistas a los católicos es la pobreza y su opuesto: la riqueza. En opinión del sacerdote Galdona, la posición de la Iglesia católica frente a la lucha contra la pobreza no es procurar que las personas acumulen riquezas, sino lograr la igualdad entre las personas. Por otra parte, explicó que la posesión de bienes no es un elemento negativo de por sí para la Iglesia. Sin embargo, se torna negativa la posesión de bienes cuando se convierte en riqueza que se logra a cambio de que exista pobreza en el mundo. “El tener bienes, y el gozar de los bienes, no es visto por la Iglesia como algo malo, sino como algo bueno. Se convierte en malo cuando se convierte en riqueza, es decir, cuando eso se hace a costa de que haya pobres, o prescindiendo de la realidad de que haya pobres” (Galdona en Sotelo, 2010).

El disponer de bienes, realizar festejos y gozar de la vida es valorado positivamente por la Iglesia. No obstante, la premisa es gozar de los bienes pero sin olvidar a aquellas personas que sufren y que no disponen de los mismos. El mensaje de la Iglesia se encuentra lejos de promover la pobreza de todas las personas, muy por el contrario, está a favor de la disponibilidad de bienes y de los avances alcanzados para producirlos. No

obstante, indica que la posesión de bienes debe tener un límite y por eso se opone al consumismo de las personas, lo cual considera un elemento negativo.

Otro sacerdote opina de forma similar, afirmando que el consumismo que reina en nuestras sociedades nos crea una pobreza de fondo, ya que siempre estamos aspirando a obtener más bienes de lo que podemos adquirir. “Ahora nuestro mundo es: comprar y comprar. Ahora: cuando hay un desequilibrio entre lo que tienes y lo que podrías tener, ahí se te crea una pobreza, aunque seas un millonario. Porque creas en ti una estructura: pobre de mí que no tengo un auto de último modelo, o la ropa de último modelo” (Escartín en Sotelo, 2010).

En el mismo sentido explica que es mejor no añorar más bienes de lo que es posible adquirir, porque de lo contrario se crea una pobreza que afecta a todas las clases sociales, incluso a las personas ricas. “Una frase de San Agustín dice: “Más vale necesitar poco que tener mucho”. Claro, pues si yo no necesito nada, estoy bien contento” (Escartín en Sotelo, 2010). Finalmente, resume que es difícil escapar a las condiciones imperantes en el sistema, ya que toda la sociedad está permeada por el consumismo y aquellos que no siguen la tendencia se sienten juzgados. Asimismo, los medios de comunicación muestran grandes ostentaciones que son adquiridas inconscientemente como un mérito a alcanzar por quienes viven en situación de pobreza, generando grandes desequilibrios en la sociedad.

La acción social de la Iglesia católica

En este apartado reflexionaremos sobre la solidaridad con el prójimo y las acciones que realiza la Iglesia para cumplir con este precepto. A propósito, el sacerdote Galdona explica que hay tres niveles de respuesta. El primero tiene que ver con el trabajo que realizan los laicos (aquellos integrantes de la Iglesia que no son sacerdotes o religiosos) en cada uno de los roles sociales que ocupan en el mundo. En este sentido el sacerdote Uberfil Monzón argumenta que “el principal personaje de la Iglesia no es el Papa, sino el laico” (Monzón en

Sotelo, 2010). Los católicos consideran que uno de sus objetivos principales es actuar por un mundo más humano desde sus lugares concretos de vida.

Y que esa es la acción primera y principal de la Iglesia, ser lo que el propio Concilio dice, estoy retomando una frase de Jesús, no es que lo inventó el Concilio, viene del evangelio, “Sean fermento en medio de la masa”. Los cristianos, justo con los demás hombres de buena voluntad, buscando construir un mundo más humano, porque si es más humano, indudablemente es más evangélico” (Galdona en Sotelo, 2012).

El segundo nivel de respuesta en torno a la acción social de la Iglesia católica tiene que ver con mostrar a la sociedad “signos eficaces”. En este sentido, la Iglesia no busca transformar a la sociedad entera porque cree que ese no es su rol, sino mostrar, a través de acciones concretas, que el mundo puede cambiar.

La iglesia no busca constituirse -porque no es su rol- en un sujeto directo de transformación de la sociedad. No lo es. Eso más bien corresponde al nivel político. Sino la Iglesia se ubica en el lugar donde, mediante acciones concretas, da testimonio, es decir, muestra en la sociedad, de que es posible cambiar realidades. De modo que prácticamente, y no sólo en el discurso, eso genere esperanzas, ganas de cambio, y caminos, que muestre caminos de transformación social. (Galdona en Sotelo, 2010).

El tercer nivel de acción que tiene la Iglesia es a través de la palabra y la predicación. Como explica el sacerdote Galdona: “Es decir, el anuncio y la denuncia. La denuncia de las situaciones deshumanizantes y el anuncio de lo que realmente humaniza” (Galdona en Sotelo, 2010). Para ejemplificar una de las acciones concretas que está realizando la Iglesia católica en conjunto con otras religiones, menciona la creación de un Centro Interreligioso en el Centro de Reclusión COMCAR, que brindará un lugar físico para poder realizar los ritos de trece expresiones religiosas.

Inauguramos en el medio del COMCAR, el principal centro de reclusión del Uruguay, un centro interreligioso y de espiritualidad, y del cual participan todas las formas religiosas que concurren al COMCAR, hay 13 expresiones religiosas, algunas cristianas, otras no cristianas, hay judíos, hay afroumbandistas, etc. (Galdona en Sotelo 2010).

Al respecto, el sacerdote amplía que la iniciativa es llevada adelante por varias religiones y la idea es que los reclusos puedan practicar cada uno su religión en libertad y en convivencia con los demás reclusos de otras conversiones religiosas. La acción concreta de construir este centro tiene como objetivo mostrar un signo eficaz a la sociedad de que se puede trabajar por la justicia social en conjunto con las demás religiones. Asimismo, es un mensaje para los sufrientes, en este caso, los reclusos, de que no son desechables como seres humanos, buscando su integración a la sociedad en un futuro de manera óptima. En este orden el sacerdote Galdona menciona otra experiencia donde hay más de una religión trabajando por los más pobres.

La Cuenca de Casavalle, que es toda una organización no oficial, ahí actúan muchísimas organizaciones cristianas de diferentes iglesias, entre ellas católicas y no cristianas y lo hacen directamente como tales, en el conjunto de una obra que se hace a nivel no oficial o no gubernamental, en un área de las más complicadas de Montevideo. (Galdona; Sotelo, 2010).

Una fiel católica entrevistada menciona sacerdotes que han trabajado en barrios marginales de Montevideo.

Hay una cantidad de sacerdotes y de instituciones religiosas católicas en lo que me compete a mí que están trabajando en barrios marginales, como por ejemplo, trabajó el Padre Cacho en su momento, después el Padre Mateo y bueno, ahora siguen otros, enseñándoles lo que es el amor, y que haciendo las cosas con amor se puede lograr muchísimo (Fiel católica en Sotelo, 2010).

Centrándonos en el caso de la parroquia de Santa Rita, del barrio Punta Gorda de Montevideo, se identifican dos tipos de acciones conjuntas en torno a la pobreza: de asistencia y de promoción de la persona. En lo que refiere a la asistencia, se busca colaborar con los sufrientes ofreciéndoles ropa y medicamentos que los propios fieles acercan a la parroquia. En cuanto a los

programas de promoción de las personas, el sacerdote Escartín explica que los mismos están enfocados en mejorar los proyectos de vida y educativos de las personas. “Hay temporalmente diferentes programas de promoción. Nosotros en un momento dado estuvimos ayudando a Gurises Unidos, apoyamos a un grupo de estos chicos que quería estudiar para que tuviesen un padrino, entonces nosotros los ayudamos a comprar los útiles, ayudando a esa ONG que estaba controlándoles técnicamente” (Escartín en Sotelo, 2010).

Una fiel entrevistada, catequista de la parroquia San José de la Montaña, Carrasco, manifiesta que en su comunidad hay una pastoral social que se llama “El ropero”, que atiende a personas de un barrio marginal que hay en Carrasco. La ropa donada se prepara, se lava, se cose y se vende a muy bajo costo. Con lo recaudado se compran productos alimenticios, los cuales se venden a muy bajo costo (Fiel católica en Sotelo, 2010). Al respecto, agregó que prefieren venderles la ropa y no regalárselas para no hacer paternalismo.

La idea principal que inspira las acciones de asistencia y promoción a los más necesitados que lleva adelante la Iglesia Católica radica en que Dios ama a todas las personas, y la misión de los católicos es amar al prójimo al igual que Dios y ayudarlo a salir de sus problemas, ya sea de la pobreza, las drogas o el pecado en general, a partir de la predicación de valores esenciales. Cuando tú encuentras a una persona enferma, pues lo primero que tienes que hacer es cómo curarle, cómo sacarlo de ese asunto. La religión católica tiene un principio primario, que es: Dios te ama. Entonces si Dios te ama, yo también te tengo que amar y te tengo que respetar, y te voy a intentar dar los valores que a ti te saquen del proceso. O sea si te encuentro con un drogadicto, voy a tratar de buscarle a ese muchacho un lugar donde realmente pueda ser amado. Y después un acercamiento a Dios que te perdona y te fortalece, y que te ayuda y te cura (Escartín en Sotelo, 2010)..

En este sentido, el sacerdote remarca que el acercamiento a Dios también conlleva un aliviamiento de la conciencia de los pecadores, un fortalecimiento del espíritu y un efecto curativo. Los sacramentos de la Iglesia, como la reconciliación (el perdón de los pecados), hacen que las personas que han pecado (por ejemplo, que han cometido un robo) puedan volver a sentirse libres y que posteriormente actúen de forma correcta en la sociedad, de manera

que dicho sacerdote evalúa que la acción social de la Iglesia puede transformar positivamente la vida de las personas.

En este mismo orden, consultado el Vicario de la Solidaridad sobre si la Iglesia Católica ha evaluado cuál es el impacto de la acción evangelizadora pastoral, opina que es muy difícil medir ese aspecto cuantitativamente, ya que muchas veces un mensaje da sus frutos años después.

La religión católica y la búsqueda de la justicia social

La búsqueda de la justicia social es un tema que se encuentra vinculado al de la pobreza y que fue abordado en las entrevistas. Consultado el sacerdote Galdona sobre las injusticias sociales y el papel de las religiones para superarlas, manifestó que si bien las religiones tienen un rol que cumplir, no son las que van a definir cuáles acciones hay que realizar para lograr ese cometido. La responsabilidad en la lucha por disminuir las injusticias es de toda la sociedad.

. Primero, las religiones como macrofenómeno, sí tienen un rol que cumplir insustituible. A su vez, las religiones no son quienes van a definir los caminos de la superación de justicia social en el campo, económico, cultural, político concreto. Eso corresponde a la globalidad de la sociedad con sus diferentes instrumentos. Lo religioso no te convierte automáticamente en un experto en economía, un político en cultura, y mucho menos en aquél que tiene la verdad en esas tres cosas (Galdona en Sotelo, 2010).

A juicio de dicho sacerdote, las religiones tienen como función la generación de sentido dentro de la sociedad, pero no la definición de los caminos operativos para alcanzar la justicia social. Al respecto, es posible interpretar en las palabras del sacerdote que las religiones contribuyen a construir ese ideal de sociedad por el que es preciso luchar, y un futuro deseable más allá de lo real existente. “Las religiones son pues las que colaboran para que la humanidad como tal pueda definirse más allá de lo empírico, más allá de lo inmediato, más allá de lo operativo” (Galdona en Sotelo, 2010).

En este sentido, el sacerdote Uberfil Monzón opina que debemos luchar por construir una “sociedad libre”, una “sociedad responsable”, pero asume que estamos lejos de alcanzarlo. Asimismo, entiende que no hay que abandonar la lucha, hay que buscar construir el Reino de los Cielos aquí y ahora. “El Reino de los Cielos es lo que vamos construyendo en la medida en que va prevaleciendo la verdad, en libertad, la justicia y el amor” (Monzón en Sotelo, 2010).

Los católicos buscan construir una sociedad comprometida, una sociedad de hermanos, como las primeras comunidades de cristianos, que seamos solidarios entre nosotros. Es difícil de llegar a esto. Es un poco la utopía que hablaba Tomás Moro, pero bueno, hay que tratar que cada uno dentro de su espacio logre lo mejor posible esta filosofía cristiana. (Fiel católica en Sotelo, 2010).

En síntesis, en la búsqueda de una mayor justicia social, las religiones no indicarán el camino operativo, pero sí serán fuente de sentido y de esperanza en el camino a recorrer.

El rol de las religiones es ser fuente de esperanza para las personas, transmitiéndoles la idea de que la realidad puede cambiar y que es preciso emprender grandes esfuerzos para alcanzar una mayor justicia social. Es la fuente de sentido para emprender los cambios que urgen en nuestras sociedades (Galdona en Sotelo, 2010).

Conclusiones

La Iglesia católica posee deliberadamente un discurso que enfatiza la ayuda y la solidaridad hacia los más pobres, lo que se resume en la frase “la opción preferencial por los pobres”. La acción social de la Iglesia es considerable y variada, y va desde acciones asistencialistas hasta de promoción de la persona. Es así que la Iglesia pretende ser un “signo eficaz” de maneras diversas, tanto desde la acción de los laicos, como desde las distintas parroquias y ONGs que actúan en contextos de pobreza, generando

puestos de trabajo, brindado alimentación en comedores y merenderos, a través de la atención a la infancia y del adulto mayor, etc.

La religión católica tiene una *reivindicación “redistributiva”*, busca construir una sociedad de “iguales” a través de una mejor distribución de la riqueza entre ricos y pobres. Busca alcanzar una sociedad “libre”, una sociedad “responsable”, eliminando las injusticias sociales a través de la puesta en práctica de ciertos valores, como la solidaridad entre las personas, el amor y la verdad. Si bien entienden que no es la función de la Iglesia definir el camino operativo para alcanzar la justicia social, manifiestan que la religión cumple un papel importante al ser fuente de sentido y de esperanza en el camino a recorrer. En opinión de los entrevistados, las religiones contribuyen a construir ese ideal de sociedad por el que es preciso luchar, y un futuro deseable más allá de lo real existente.

Referencias

DA COSTA, N. (2009) “Catolicismo y desigualdad en Uruguay” Ponencia presentada en *XXVIII International Congress of the Latin America Studies Association (LASA)*.

————— (2008) *Guía de la diversidad religiosa de Montevideo*, Montevideo, CLAEH. Taurus

————— (1999). “El Catolicismo en una sociedad secularizada: el caso uruguayo” en *Revista Ciencias Sociales y Religión*, año 1, 1.

GEYMONAT, R. y SÁNCHEZ A. (2004) “Iglesia Católica, Estado y Sociedad en el Uruguay del Siglo XX” en Geymonat R. (Comp.). *Las Religiones en el Uruguay. Algunas aproximaciones*, Montevideo, Ediciones La Gotera.

MALLIMACI, F. (2008) “Globalización y modernidad católica: papado, nación católica y sectores populares” en Aurelio A. (Comp.) *América Latina y el Caribe. Territorios religiosos y desafíos para el diálogo*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

————— (1996). “Diversidad católica en una sociedad globalizada y excluyente. Una mirada al fin del milenio” en *Revista Sociedad y Religión*, 14/15, Buenos Aires, Argentina.

SOTELO, M. V. (2010) *Religión y pobreza en Uruguay* (tesis inédita de Maestría en Sociología), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.